



El Santo Credo Apostólico

**Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.**

Lección 5

El supremos sacrificio de los siglos

La sección del Credo que hoy nos toca analizar es sumamente importante y determinante para nuestra salvación:

“Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Nació de santa María virgen. Padeció bajo Poncio Pilato; fue crucificado, muerto y sepultado...”

Tanto la historia como las Sagradas Escrituras registran que Poncio Pilatos gobernaba la región de Judea y Tiberio César, el Imperio durante la parte final del ministerio de nuestro Señor Jesucristo. Fue Pilatos quien, cobardemente, dio la orden de azotar a Jesús aun cuando, como él mismo expresó, no halló “ningún delito en él”.

El castigo que le infligieron fue extremo. Fue acusado por testigos falsos y juzgado de noche, en contra de la ley. Fue azotado brutalmente sin causa alguna. Pudo haber muerto en la tortura, pero tenía que llegar a la cruz. Le obligaron a cargar el instrumento de suplicio, y al llegar a la cima del Gólgota, lo clavarón a él. Murió sediento, abandonado y sin amigos a su lado, con la excepción de su fiel seguidor, Juan, María su querida madre y María Magdalena. Al fin, fue sepultado en una tumba prestada.

El tema de la cruz es el más conocido como símbolo del Cristianismo. La cruz es el emblema, sin embargo, es a la vez el menos entendido a su cabalidad. El sacrificio de Jesucristo se ha visto como la aparente derrota de la cruz. No cabe en la mente secular el concepto de que quien es golpeado, crucificado y muerto sea el vencedor. Los romanos se burlaban de los cristianos por tener un Dios crucificado. Hallazgos arqueológicos en Roma muestran el dibujo popular de un asno crucificado. Hasta cierto punto, tiene su lógica... ¿cómo entender que el vencedor haya sido vencido?

Nunca podrá ser entendido desde la perspectiva humana; por eso Dios tuvo que revelarlo. No se puede creer esto sin tener fe y confianza en el plan de Dios para salvar al hombre. Para entenderlo hay que ir al pasado, al principio. En Génesis 3: 15 se emitió la primera promesa de un Salvador; es la primera profecía mesiánica: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.”

En las palabras que Dios pronunció de condenación al ángel rebelde, Satanás, quien usando a la serpiente como “medium” introdujo el terrible mal del pecado en este mundo, dio al mismo tiempo la esperanza de salvación. Pero dejó claro lo que entrañaba su sacrificio en la acción de rescate. Ciertamente era que se aseguraba la victoria sobre el enemigo. El Mesías aplastaría la cabeza de la serpiente satánica pero, al mismo tiempo, recibiría una herida en el talón, simbolizando su muerte expiatoria en la cruz del Calvario.

El carácter amoroso de Dios había sido puesto en tela de juicio. La labor del enemigo de Dios fue desacreditar su carácter y decir que su santa ley era injusta. Ahora había llegado la hora de demostrar la realidad a precio de sangre. Esa batalla debía pelearse con el arma del amor y para ello Dios debía dar lo más preciado del Cielo.

Después de darle la promesa de la Simiente a Abraham, en la cual serían “benditas todas las naciones de la tierra”, por medio de Moisés, Dios instauró un sistema religioso de carácter simbólico. Al erigirse el santuario en el desierto, el sistema de sacrificios prefiguraba el sacrificio supremo que Dios habría de hacer al enviar a su Hijo amado a nacer en este mundo para luego morir, pagando la deuda que el hombre había contraído. Al derramarse la sangre del cordero en el altar, esa figura proyectaba hacia el futuro al día cuando el verdadero Cordero de Dios diera su preciosa sangre en favor de los pecadores. Ya la escritura había indicado que “sin derramamiento de sangre no hay remisión (de pecados)”, (Hebreos 9: 22). Cada parte del santuario era importante tanto para el servicio religioso como para la simbología que tenía. Aun en la disposición geográfica de los muebles del santuario, ya estaba la figura de la cruz.



El Santo Credo Apostólico

**Breve análisis a la luz de la Biblia
por el pastor Rolando de los Ríos,
director y orador del programa de radio Revelación.**

Aunque el pueblo judío esperaba que su Mesías viniera con fueros de conquistador y les libertara de sus paganos opresores, fueron muchas las profecías mesiánicas en el Antiguo Testamento que predecían sus sufrimientos y vituperio.

En el Salmo 22, David, usado por el Espíritu Santo, predijo detalles relacionados con el sacrificio del Señor tales como su frase conmovedora: “Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”. Además, el profeta incluyó en su lista detalles de las burlas que el Señor sufriría mientras pendía de la cruz y que sus manos y pies serían horadados, que sufriría sed en la cruz y que sus ropas serían sorteadas entre los soldados.

Pero de todas las profecías la más patética es la que registró el profeta Isaías, más de 700 años antes del sacrificio del Señor: En Isaías 53: 3 - 5 se nos dice: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.”

Sí, amigo lector, por las llagas sangrantes de nuestro Salvador usted y yo somos curados. Todo lo que tenemos que hacer es creer en él y aceptar su sacrificio en bien nuestro. El apóstol San Pablo nos exhorta: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” (Filipenses 2: 5 - 8).

“Y muerte de cruz”. Pablo lo enfatiza porque no era cualquier tipo de muerte. Era la más espantosa de todas las muertes. A los crucificados se les exponía desnudos ante la turba insolente. Sus heridas purulentas atraían miríadas de insectos mortificantes. No había una mano disponible para ahuyentarlos. No había una mano disponible para cubrir las vergüenzas. Tal muerte sufrió tu Salvador para darte vida eterna y felicidad perpetua.

Hoy dejamos a Jesús en la tumba nueva de José de Arimatea. Descansa al fin después de su horrible tortura. Mientras, entreguémonos a la reflexión. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Juan 3: 16.

Si este estudio le ha resultado interesante y útil para comprender más esta verdad,
nos gustaría recibir su comentario. Hágalo pulsando aquí. Gracias.